

5-1-1912

Chile Pentecostal, Vol 2, No 20; May 1912

Editor la revista

Follow this and additional works at: http://digitalshowcase.oru.edu/chile_pent_10-27



Part of the [Christian Denominations and Sects Commons](#), [Christianity Commons](#), [History of Christianity Commons](#), [Latin American Languages and Societies Commons](#), [Missions and World Christianity Commons](#), and the [New Religious Movements Commons](#)

Recommended Citation

Editor la revista, "Chile Pentecostal, Vol 2, No 20; May 1912" (1912). *Chile Pentecostal* (1910–1927). 17.
http://digitalshowcase.oru.edu/chile_pent_10-27/17

This Periodical is brought to you for free and open access by the Chilean Pentecostal Periodicals, 1909–1983 at Digital Showcase. It has been accepted for inclusion in Chile Pentecostal (1910–1927) by an authorized administrator of Digital Showcase. For more information, please contact mroberts@oru.edu.

CHILE PENTECOSTAL

«Bendito el varón que se fia en el Señor» — Jer. 17:7

AÑO II

CONCEPCION, MAYO 1.º DE 1912

NÚM. 20

«Considerad cuidadosamente, y ved si se ha hecho cosa semejante a ésta: *Si alguna gente ha mudado sus dioses, bien que ellos no son dioses. Pero mi pueblo ha trocado su gloria por lo que no aprovecha. Espantaos, cielos, sobre esto y horrorizaos; desolaos en gran manera, dijo Jehová. Porque dos males ha hecho mi pueblo: dejáronme á mí, fuente de agua viva, por cavar para sí cisternas, cisternas rotas que no detienen aguas. ¿Es Israel siervo? Es esclavo? Por qué ha sido dado en presa? Los cachorros de los leones bramaron sobre él, dieron su voz; pusieron su tierra en soledad; quemadas están sus ciudades, sin morador. Aún los hijos de Noph y de Taphnes te quebrantaron la mollera. ¿No te acarreó esto tu dejar á Jehová tu Dios, cuando te hacía andar por camino? Ahora pues, ¿qué tienes tú en el camino de Egipto, para que bebas agua del Nilo? y ¿qué tienes tú en el camino de Asiria, para que bebas agua del río? Tu maldad te castigará y tu apartamiento te condenará: sabe pues y ve cuán malo y amargo es tu dejar á Jehová tu Dios y faltar mi temor en tí, dice el Señor Jehová de los ejércitos.»*

Jeremías 2: 10-19.

La conversión de un incrédulo

El 3 de noviembre de 1878, en la iglesia de Fort Street, Detroit, prediqué un sermón sobre permanecer en Cristo. Al terminar, según mi costumbre, invité á toda persona presente que estuviera impresionada con su necesidad de Cristo, á reunirse conmigo en la sala de consultas.

Hallé allí un joven, quien juzgué tendría cerca de treinta años de edad; era alto, fuerte, inteligente y habría sido de un hermoso aspecto á no ser por una nube que parecía pesar sobre su rostro. Su fisonomía parecía como con cicatrices y heridas, como si hubiera pasado una vida de batalla con el pecado y los sufrimientos y hubiera sido terriblemente dañado en la lucha.

Me dirigí á él al momento con una pregunta directa y casi las palabras exactas al diálogo que siguió han quedado impresas en mí.

—«Supongo, señor, que usted está aquí para hablar conmigo acerca de sus intereses espirituales. Si es así, ¿quiere usted al punto dejarme penetrar al corazón mismo de su aflicción ó dificultad? Estoy actuando como un médico de las almas; haya perfecta franqueza entre ambos; dígame sus síntomas exactos y peores, y yo haré lo que pueda para aliviarlos y ayudar á usted en su curación».

—«Bien, señor» dijo «supongo que usted va á considerar el mío un caso desesperado. Soy un incrédulo y un descreído — un infiel».

—«Pero supongo que hay algunas cosas que usted cree. ¿Cree usted que la Biblia es el Libro de Dios?»

—«No, señor».

—«¿Cree usted que Jesu-Cristo es el Hijo de Dios?»

—«No, señor».

—«Pero, á lo menos, ¿cree usted en un Dios?»

—«Puede haber un Dios. No puedo decir que creo que lo hay, pero puede ser; no lo sé».

—«Entonces, permítame preguntarle porqué está usted aquí. Yo no puedo desperdiciar el tiempo en palabras sin objeto. Pienso que usted no ha venido aquí á chancearse. Y sin embargo, no veo qué quiere usted de mí si usted no cree en la Biblia, ni en Cristo, y ni aun está seguro de que hay Dios».

—«Le he oído á usted predicar esta noche, y me parece que usted debe creer algo».

—«Tiene usted mucha razón, se lo aseguro» —le interrumpí.

—«Y esole da á usted paz y bienestar».

—«Otra vez tiene razón!»

—«Pues bien, yo no creo en nada, y soy perfectamente miserable; y si usted puede mostrarme el camino para creer en algo, y conseguir felicidad en creer, quiero que lo haga».

—«Ya le comprendo, y yo arriesgaría mi propia salvación, si es necesario, por la suya, si usted siguiera mi prescripción».

—«Bueno, si usted puede ayudarme, hágalo pronto, porque he estado llevando esta carga tanto tiempo que ya no puedo más. Vivo al otro lado del río, en Windsor. Soy estudiante de derecho, pero soy tan desdichado que no puedo estudiar ni permanecer tranquilo. Andaba vagando por aquí esta noche, y oí tocar el órgano en su iglesia, y entré esperando oír buena música. No oí nada más que simple canto congregacional, pero la curiosidad me impulsó á quedarme á oír lo que usted tenía que decir, y una cosa me impresionó: que usted tiene alguna fe en algo ó en alguien, y es feliz creyendo, y la envidia que siento hacia usted me trae á mí hacia este lugar».

Yo había encontrado y conversado con centenares de personas consultan-

dome, pero nunca había encontrado antes un caso semejante. Levanté mi corazón á Dios pidiendo su especial direccíon, y de nuevo el joven prorrumpió en una exclamación: «Si usted puede hacer algo por mí, ojalá lo hiciera».

Alagué mi silla muy cerca de este hombre infeliz é involuntariamente coloqué mi brazo alrededor de él.

—«Indíqueme algo que leer»,—me dijo.

—«Querría que usted no leyese nada más que la Biblia. Usted ha estado leyendo demasiado; esto es en parte lo que hay con usted. Usted está lleno de las engañosas sofisterías de los escépticos. Lea usted la Palabra de Dios».

—«Pero ¿qué objeto tiene el que yo lea la Biblia, cuando no creo que ella sea la palabra de Dios?»

Busqué Juan 5:39, y con el dedo en el versículo leí lentamente: «Escudriñad las Escrituras; porque vosotros pensáis que en ellas tenéis la vida eterna, y ellas son las que dan testimonio de Mí». Ahora bien, dije, si esto significa algo, significa que aquel que diligentemente escudriña las Escrituras hallará que ellas contienen el testimonio á su propio origen é inspiración divinos y á la divinidad del Señor Jesu-Cristo.

—«Bueno, dijo: leeré la Biblia; ¿pero qué más?»

Le leí Mateo 6:6 «Entra en tu cámara, y cerrada tu puerta, ora á tu Padre que está en secreto, y tu Padre que ve en secreto te recompensará en público». Si esto significa algo, significa que si usted sinceramente ora á Dios, El se revelará á usted.

—«Pero ¿con qué objeto orar á Dios, si uno no cree que hay un Dios?»

Esta era una pregunta para dejar perplejo. Pero un pensamiento cruzó como un relámpago por mi mente y aunque antes nunca había dado tal consejo á nadie, lo formulé entonces porque me sentí guiado á ello.

—«No importa, respondí, con tal que usted sea sincero. Si hay solamente un sentimiento por Dios, si por ventura usted puede hallar á Aquel que no está lejos de ninguno de nosotros, Dios no desatenderá ningún esfuerzo genuino para llegarse á El. Vaya usted y ore, aunque sólo sea como el famoso conspirador Thistlewood: «Oh Dios, si hay un Dios, salva mi alma, si tengo un alma».

—«¿Hay algo más?» dijo.

—«Sí; y abrí en Juan 7:17 y leí: «Si alguno quisiere hacer Su voluntad, conocerá de la doctrina». Esto significa que si usted obra según la luz que ya tenga, tendrá más luz. En la escuela de Dios nunca se nos enseña una segunda lección hasta que practicamos la primera. «Entonces conoceremos, si seguimos adelante para conocer al Señor».

—He dado ya á usted tres textos para meditar y estudiar. Quiero agregar uno más: Mat. 11:28—30: «Venid á mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os daré descanso», etc. Esto significa que si usted viene directamente á Jesús, El le dará á usted descanso. Ahora note estos cuatro textos: Uno le llama á usted á escudriñar las Escrituras; otro á orar en secreto; otro á poner en práctica todo lo que usted conoce; y el último á venir á Jesús como á un Salvador personal».

—«¿Es eso todo?» inquirió.

—«Eso es. ¿Quiere usted prometerme ir y seguir esta sencilla prescripción?»

—«Lo prometo».

Después de arrodillarnos y orar juntos, el joven me dejó.

Dos semanas después, al terminar el servicio, dirigí una invitación.

Apenas la mitad de la congregación había salido del edificio, cuando el mismo hombre vino casi corriendo hacia mí con ambas manos extendidas y su rostro resplandeciente: «¡He hallado á Dios y á Cristo, y soy un hombre feliz!»

Se sentó á mi lado y me refirió la

fascinante historia. Había vuelto á su casa aquel domingo en la noche, sacado de su baul la Biblia que su madre había puesto allí cuando él dejó el hogar; la había abierto y arrodillándose delante del Dios invisible. Entonces sencilla y sinceramente pidió que si de veras había un Dios, y Jesu-Cristo su Hijo y el Salvador de los hombres, se le manifestara á él plenamente. Y en tanto leía y oraba y buscaba la luz, luz le fué dada; humildemente procuró seguir cada rayo y andar en la luz, y el camino llegó á ser más claro y más llano y la luz más amplia y más brillante, hasta que sus ojos reposaron en fe sobre Jesús.

La gran panacea para todos los males del alma es una aceptación personal de Jesús como Salvador. Pero si hay una duda honrada que está en el camino, puede ser removida por un sencillo escudriñamiento en la Santa Escritura, un sincero acercamiento á Dios en oración y un sincero esfuerzo para vivir exactamente según la luz ya recibida.

ARTHUR T. PIERSON.

CORRESPONDENCIA

A mis queridos hermanos en la obra del Señor:

Desde mi regreso de los Estados Unidos en Diciembre, he deseado mucho comunicar con vosotros por medio de CHILE PENTECOSTAL. Mi demora en hacerlo se debe en parte á las dificultades por las que estaba pasando nuestro apreciado periódico y en parte á la falta de tiempo para hablar con la detención que corresponde.

Muchos me han preguntado sobre mis experiencias y les he contestado brevemente, pero creo que serán apreciadas

algunas palabras que cada uno pueda leer por sí mismo.

Salí de Valparaíso el día 12 de Julio de 1911 y llegué á Nueva York el día 8 de Agosto, habiendo perdido una semana en Panamá á causa de una cuarentena declarada por un caso supuesto de bubónica. A los pocos días estuve en Chicago, y en esas partes me hallé con mi familia. Sin entrar en detalles de familia, diré que los tres meses los ocupé gozando en comunión con mis hermanos, hermanas y especialmente con mi anciana madre, celebrando con ella el cumplimiento de los setenta y nueve años de su vida. En esta ocasión se reunieron todos los siete hijos, con nietos y bisnietos, formando un número total de treinta y ocho personas fuera de once que no pudieron asistir. Los gozos de aquellos días eran muy dulces y talvez no de repetirse. Doy gracias á mi Padre celestial por tan grande privilegio.

No obstante, por gratas que sean, estas experiencias no son las que más interesan á mis hermanos, ni son las que me llaman á escribir estas líneas. Sé que quieren saber de la obra espiritual y más especialmente la obra Pentecostal.

El día después de mi llegada á Nueva York, fui á una reunión pentecostal á las tres de la tarde. Siendo un día de la semana, la asistencia no era más de veinte personas, pero sentí un espíritu de fervor y unión con mi espíritu, tal como solía sentir en nuestras reuniones en Chile.

Desde ese tiempo no asistí á otra reunión pentecostal, hasta un mes más tarde, cuando asistí á una convención en Rochester, N. Y. Estuve allí tres días y tuve oportunidad de beber de su espíritu, y lo hallé refrescante para mi alma. Allí oí lenguas en el canto y en hablar, aunque no muchas. Interpretación por el espíritu no hubo pero una persona que cantaba fué interpretada en algo por una señorita misionera, que dijo que la lengua en que se cantaba le era conocida en

el campo donde trabajaba, que es la India y nos dijo algunas frases que se cantaba.

Después, en Chicago, tuve oportunidad de visitar varias iglesias, ó asambleas, como acostumbran llamarlas. Una de ellas se componía de italianos y hablaban en ese idioma. Acompañado por mi hija Elena, los entendimos casi sin dificultad. La asistencia ascendía á más de 150 personas y había mucho fervor. Dos personas hablaban, explicando las Escrituras, y después varias otras testificaron. Muchos hombres trabajadores habían y los rostros indicaban que conocían al Dios de Esteban. En la oración hubo manifestaciones de temblor y dos ó tres fueron tendidos en el suelo. Algunas veces había mucho murmullo, pero no me acuerdo de voces muy altas.

Otra misión se llamaba la de los persas y el pastor era de la misma raza. (Con los italianos no era así; el que dirigía era americano.) Asistí á esta misión varias veces y oí algunos pastores de otras partes, porque estaban en los últimos días de una convención. Aquí hallé el espíritu de los hermanos muy igual al de nosotros. Los testimonios y las oraciones y los saludos cariñosos á uno que era para ellos desconocido, todo me fortaleció y me hizo ver que «todos habíamos bebido de la misma bebida espiritual». Pusieron mucho énfasis sobre la palabra y, un día llegó la hora para que se hicieran preguntas al que dirigía. Todas sus respuestas fueron dadas en las mismas palabras de las Escrituras, algunas veces explicando un poco en las suyas propias. Lo interesante era que no tenía que buscar el texto para leerlo, ni el capítulo, porque todo estaba atesorado para su pronto uso. Puedo decir que la importancia que dan á las Santas Escrituras es la cosa que más me llamaba la atención en todas las partes donde he estado.

Visitó la «Stone Church» (Iglesia de

Piedra), obra importante cuyo pastor era editor de «Latter Rain» (Lluvia Tardía), uno de los periódicos más sólidos de la obra pentecostal. Visité un día al pastor en su estudio y le hallé un hombre profundamente espiritual y aprendí buenas cosas de él. Le había visto echar un demonio en la reunión que asistí, y sin embargo no era bautizado con el Espíritu Santo. El ha fallecido después de mi regreso á Chile.

En otra parte asistí donde había muchas manifestaciones, buenos testimonios y una persona fué bautizada en la reunión.

Cuando estaba en Nueva York de regreso tuve el privilegio de asistir á una reunión que duró todo el día. Era una reunión «de espera» como dicen, y no consideran necesario que haya alguna persona hablando ú orando todo el tiempo. Se quedaron sentados por dos horas casi en silencio delante del Señor. Algunas veces una persona hablaba una sentencia y talvez otra la contestaba así en una sentencia no más. Uno ó dos hablaban en lenguas y cuando habían terminado de hablar uno se levantó é interpretó. En la tarde oí á un pastor hablar muy largamente. No sabía cuando había realmente terminado el mensaje de poder. Después otro habló y nos llenó de bendición con la profunda aplicación de la palabra á nuestro corazón. Era para mí uno de los hombres de más profundo aprecio de la obra pentecostal, y tuve el privilegio de conversar largamente con él después.

En fin, hermanos, busqué el oír y no el hablar. Busqué oportunidades para hablar con todo pastor donde me fué posible. Hallé el mismo espíritu en ellos. Amor, gracia, paciencia, reconociendo que había habido errores, pero vi la paciencia con que había obrado en su corrección. Todos reconocían la intrusión ocasional de la mente humana, algunas veces en una manera inocente, y en otras

en una manera desastrosa. Oí relatos de obra destruída por el espíritu de porfía y orgullo espiritual. Todos daban historia de pruebas y de algunos decaimientos después de las grandes bendiciones. En general sentí un precioso espíritu de unión. En una ocasión interesante, conversando con dos pastores, uno dijo que el Señor le mostraba una cosa. El otro sentía una cosa distinta. La dulce manera en que cada uno reconoció que la equivocación podía ser en sí mismo y hallaron aveniencia, me mostró que habían aprendido la lección «estimándose cada uno inferior á los otros» y que realmente el Espíritu Santo estaba en ambos. Es uno de los cuadros más preciosos que he traído á mis hermanos amados en Chile, de esas tierras lejanas.

En mi tierra el abrazo no es el saludo conocido; no obstante, hallé el abrazo entre los hermanos pentecostales casi tan general como en Chile, y me sentí como «en casa» cuando me recibían de esa manera; lo que me dió á comprender que cuando el Espíritu Santo tiene libertad, obra para remover las barreras artificiales que hace el mundo, para enfriamiento del amor al prójimo. Ese saludo no se usa entre los dos sexos, sino entre los miembros de un mismo sexo, lo que me parecía prudente y digno de estudio para su adopción en general.

Uno de los dos pastores referidos me dió cariñosos consejos en esta forma:

«Permaneced en oración, y así los peligros que amenazan á vosotros como á toda la obra pentecostal no os traerán ningún daño, si los bautizados permanecen flexibles y humildes. Que se guarden del orgullo espiritual, no dejándose guiar ó enseñar de los hombres. Es esta roca donde se ha estrellado la obra aquí en los Estados Unidos en algunas partes. Dios os tiene en una escuela; permaneced dóciles, francos para reconocer cuando os hayais equivocado, y siguiendo adelante

con reverente estudio de la Palabra de Dios.»

«El os guiará á toda verdad.» «Su Palabra es la verdad.»

Con cariñosos saludos soy suyo en el Señor.

W. C. HOOVER.

Parábola de las dificultades

Había en una ciudad un hombre que se llamaba Dificultad. Había también allí dos hermanos llamados el uno Amor y el otro Fe.

Dificultad iba cierto día de viaje hacia el otro lado de un cerro muy alto, y llegando á la falda del referido cerro se sentó, y cabizbajo, empezó á quejarse diciendo de este modo: «Si no fuera por... yo iría; pero... no se puede: es muy difícil... ¿Qué haré? A la sazón llegaron los dos hermanos, los cuales le interrogaron diciendo: «¿Qué tiene usted, señor, que le oímos quejarse tanto?»

Y él les respondió: «Lo que me tiene quejoso es que habiendo emprendido un viaje desde esta mañana á la parte aquella de este cerro, ya es casi oscuro y no he podido seguir á causa de esta gran montaña que me impide avanzar, y hasta ahora permanezco indeciso ante tan grande dificultad. Ellos le dijeron entonces: «Señor, las dificultades son del que las hace. Ese monte no es una dificultad para su viaje.» Y apresurándose hacia él los dos hermanos, el uno le tomó por la mano derecha y el otro por la izquierda, y le dijeron: «Señor Dificultad, todo estará vencido si usted viene con nosotros subiendo este cerro». Entonces él subió con ellos y llegaron luego al sitio deseado sin ningún daño ni contratiempo.

No hay dificultades invencibles para quien anda con estos amigos: la Fe y el Amor.

La Fe traspasa las montañas y el Amor todo lo puede.

1739)

y gemidos dió señas de vida. Clamamos á Dios por ella. Reclamamos las promesas dadas á los trabajados y cargados y no desechó nuestra plegaria. Ella vió á su Salvador, como crucificado ante sus ojos. Echó mano á Él por la fe y su espíritu revivió. En la casa de Mr. B. á las seis, llamé con fervor á los cansados y cargados, y también en la casa de Mr. C., á las ocho, donde muchos bramaron en alta voz, no aceptando ningún consuelo, hasta sentir su alma reposada en la sangre del Cordero y tener su amor derramado en sus corazones.

Jueves 20.—La Sra. de C., muy abatida, deseaba conversar conmigo esta tarde. Por mucho tiempo había tenido un ardiente deseo de recibir la santa comunión y una fuerte convicción de que Dios se le iba á manifestar en esa ocasión y dar descanso á su alma. D. la dió el consejo fatal de no comulgar mientras no tuviera una fe viva. Esto aumentó su perplejidad. Pero por fin se resolvió á obedecer á Dios antes que á los hombres. Y Él «fué conocido de ella en el partir del pan». En aquel momento se sintió olvidada de su carga y supo que «fué aceptada en el Amado» y todo el tiempo que yo estaba explicando las Escrituras, estaba llena de aquella paz que no puede ser expresada.

Octubre 12.—*Tinieblas y el diablo derrotados.*—Tuvimos nueva ocasión para observar las tinieblas que habían caído sobre muchos de los que hace poco se regocijaban en Dios. Pero El no se escondió de ellos por mucho tiempo. El Miércoles el espíritu de muchos revivió; el Jueves muchos más hallaron ser un «socorro oportuno en tiempo de angustias». Aquél en quien habían creído. Y no me acuerdo de haber visto más eminentemente presente el poder de Dios que en esta mañana, cuando una nube de testigos declararon que El «había roto las puertas de

1739)

bronce y desmenuzado las barras de fierro». Pero no pude menos que tener algo de cuidado sobre una ó dos personas atormentadas de una manera extraña; parecían ser lunáticos además de «padecer malamente». Pero, mientras meditaba qué sería el resultado de estas cosas, la respuesta que recibí de la palabra de Dios era: «Gloria á Dios en las alturas y en la tierra paz y buena voluntad para con los hombres».

Luego después fui llamado á ver una de estas personas, tan atormentada que casi admiré que sus parientes no dijeran: «La mucha religión te ha vuelto loco». Clamamos á Dios que quebrantara á Satanás debajo de sus pies. Inmediatamente tuvimos respuesta á la petición que le hicimos. Clamó con vehemencia: «Se ha ido, se ha ido!» y fué llena del espíritu de amor y de una mente sana. La he visto repetidas veces después, fuerte en el Señor. Cuando la pregunté de repente: «¿Qué es lo que desea ahora?» me respondió: «El Cielo». Pregunté: «¿Qué hay en su corazón?» Dijo: «Dios». Pregunté: «Pero cómo está en su corazón cuando alguna cosa le irrita?» Dijo: «Por la gracia de Dios, no me irrita por ninguna cosa. Todo lo de este mundo pusa como sombra para mí».

«Habéis visto el fin del Señor. ¿No es «muy compasivo y de grande misericordia?»

Evitar extremos.—*Noviembre 19.* 1739.—Exhorté con fervor á aquellos que habían creído, que se guardasen de dos extremos opuestos: uno, el pensar, mientras estaban en luz y gozo, que la obra está completada, cuando está sólo comenzada; otro, el pensar, cuando estaban en tinieblas y apagadas, que la obra no había comenzado porque no estaba terminada.

Gritos y ofensas.—*Noviembre 30.*—Muchos de nosotros nos unimos en oración por una que fué muy atormentada.

CRONICA

La Casa Grande.—Nuestro hermano Guillermo Ernst es ahora uno más viviendo en la Casa Grande (como llama á nuestra casa en una de sus cartas un querido pastor) con sus tres hijitos. El Domingo antepasado fué recibido en plena comunión á nuestra Iglesia. Le damos la bienvenida.

De paso.—Por tres días pudimos gozarnos en la compañía de nuestra hermana Zoila A. v. de Muñoz de Pitrusquén, que regresaba de hacer una jira por las Iglesias del Norte.

«El que cree en el Hijo de Dios, tiene vida eterna; mas el que es incrédulo al Hijo de Dios, no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él.»

Todos los hombres buscan la paz del alma, pero la buscan donde no está.

FENELÓN.

Iglesias Evangélicas

Pentecostales

Si Ud. tiene interés en la salvación su alma asista á las reuniones de las Iglesias Evangélicas en los pueblos que se indican más abajo:

SAN FERNANDO.—Calle Nueva N.º 3.

Reuniones: Lunes, Jueves y Domingos, á las 7 $\frac{3}{4}$ P. M.

Escuela Dominical, á las 10 A. M.

Dirección postal: Casilla 90.

Domicilio del predicador: Calle Rancagua al lado norte de las Ferias Regionales.

TALCA.—*Reuniones:* Calle 1 Oriente, 6 Norte, Lunes, Jueves y Domingos, á las 8 P. M.

Escuela Dominical, 7 $\frac{1}{4}$ A. M.

Dirección postal: Casilla 162.

Domicilio del predicador: Calle 1 Oriente, 6 Norte.

CONCEPCION.—Calle Freire Número 1229.

Reuniones: Lunes, Jueves y Domingos á las 7 $\frac{1}{2}$ P. M.

Escuela Dominical, á las 1 $\frac{1}{2}$ P. M.

Dirección postal: Casilla 934.

Domicilio del pastor: Calle Freire Número 1229.

Se suplica á los pastores mandar los datos de sus Iglesias para agregarlos á esta lista.

CHILE PENTECOSTAL

REVISTA EVANGÉLICA QUINCENAL

REDACCION Y ADMINISTRACION

CALLE FREIRE 1229

CONCEPCION-CHILE

SUSCRIPCIONES:

Un año...	\$ 5.00
Seis meses.....	2.50
Tres meses.....	1.25
Número suelto.....	0.10

Todas las comunicaciones y pagos dirijanse á la Redacción de CHILE PENTECOSTAL, Casilla 934.

Imprenta Nacional, Tucapel 667—Concepcion.